

	TRIMESTRE.	SEMIESTRE.	AÑO.
En Madrid.	10 rs.	20 rs.	30 rs.
En provincias.	12 rs.	24 rs.	36 rs.
En el extranjero.	14 rs.	28 rs.	42 rs.
En las Antillas.	16 rs.	32 rs.	48 rs.
En Filipinas.	18 rs.	36 rs.	54 rs.

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico, en la calle de la Vistación, núm. 8, cuarto segundo izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del giro postal, o de los correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración: de esta última manera ó bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

En París, en la «Agencia del Correo Autógrafo», Chaussée d'Antin, 18.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquiera clase de giro, se aplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.



AÑO I.

MADRID.—MIÉRCOLES 20 DE ABRIL DE 1870.

NUM. 59.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Los días de ayuno y penitencia que han transcurrido, no han tenido, sin embargo, virtud bastante para aplacar las iras republicanas, y los diputados federales han estado haciendo coraje, a fin de no dejar que el gobierno respire un minuto más del tiempo prefijado para que las sesiones estuvieran suspendidas.

Afortunadamente para el gabinete, si los republicanos son fogosos, el es lo más fresco del mundo, a pesar de contar con un ministro de la Gobernación que echaba chispas, como cuando era gran conspirador y director de la *«Discusión»*, a la vez que íntimo del señor González Bravo; pero los años no pasan en balde; los temperamentos se modifican, y no es lo mismo escribir escondido en una buhardilla artículos rabiosos, echándola de hombre inflexible, que ocupar la dorada poltrona de la antigua casa de Correos, tener un buen coche, comer en casa de Lardhy, y hacer una vida confortable, sacrificándose por la patria sacrificando a la misma.

Después de las ligeras consideraciones que van apuntadas, vengamos a la sesión objeto de esta reseña. Abierta a las tres, bajo la presidencia del Sr. Ruiz Zorrilla y con alguna más concurrencia que de ordinario en el salón y tribunas, el Sr. Figueras pidió los documentos referentes a los últimos sucesos de Barcelona.

El señor ministro de la Gobernación se excusó como pudo, diciendo que no había reunido todos los papeles, quizá porque S. E. debe tenerlos mojados; pero los federales, que por lo visto estaban resueltos a tratar el asunto, aprovechando la ocasión para decir al gobierno, y principalmente a los Sres. Prim y Rivero, cuatro claridades, ensartaron tras proposiciones seguidas, que con variaciones diversas, iban encaminadas al mismo fin.

Rompí el fuego el Sr. Tutau, apoyando la primera, y enumerando la serie de sucesos sangrientos que ha provocado el gobierno de la revolución, dejando desarrollarse ciertos gérmenes, ó prometiendo lo que después no había de cumplir.

Concretándose a los sucesos de Barcelona, el diputado republicano aseguró que la indignación que reinaba en aquella comarca, no estaba vinculada en el partido federal ni en ninguno otro, sino que en todos los hombres dignos y consecuentes había estallado un sentimiento de repulsi6n y de odio hacia el gobierno, que después de prometer solemnemente la abolición de las quintas, lanzaba por la ley de llamamiento de 40,000 hombres un reto imprudente, y como jamás se había visto, a la opinión pública.

Incorporó duramente al Sr. Rivero por no haber querido conceder un plazo de ocho días a la diputación de Barcelona para zanjar la cuestión del reemplazo, y afirmó lo que está en la conciencia de todos; esto es, que el gobierno y las autoridades de Barcelona, por su escasa aptitud ó por una prudencia que se parece mucho a otro sentimiento menos noble, habían dejado uno y otro día crecer en Gracia el movimiento, que en pocos momentos, y con escasas fuerzas, hubiera sido extinguido, como lo fué en Sans, conducta que se explicaba por el bárbaro placer de barrer durante cinco días a cañonazos un pueblo más.

El Sr. Tutau concluyó su discurso haciéndonos una curiosa revelación, que hasta entonces no había llegado sino vagamente a nuestros oídos.

Los progresistas se entregan a discreción a las huestes de la unión, y están dispuestos a rendir vasallaje y doblar la rodilla ante el *«Cain»* del siglo XIX.

Retirada la proposición a instancia del señor ministro de la Gobernación, que no negó los proyectos sobre el duque de Montpensier, y escuchó su conducta respecto de Barcelona, asegurando que el solo había defendido la soberanía de la Cámara, tocó el turno al Sr. Pi Margall, que, recordando aquel adagio de que *«el que no quiere caldo se le dan tres tazas»*, en vez de acceder a las súplicas del Sr. Rivero, para que no se tratara por entonces más del asunto, apoyó una segunda proposición, encaminada a que se abriera una información parlamentaria sobre la conducta de las autoridades de Barcelona en los referidos acontecimientos.

Intencionado y razonador estuvo como de costumbre el economista de los federales.

Duros reproches dirigió a su antiguo correligionario el Sr. Rivero, poniendo de relieve la abjuración completa que de sus principios había hecho, el que habiendo proclamado siempre desde la tribuna y desde la prensa la abolición completa de las quintas, había tenido, sin embargo, desenfado bastante para leer un proyecto en que se pedía a la nación una de las mayores quintas que se recordan desde la guerra civil.

En cuanto al general Prim, no estuvo menos justo el Sr. Pi tratándole de su consecuencia.

Recordó que el conde de Reus quiere en vano parecerse a Lincoln, de quien nada bueno toma, y a este propósito debemos llamar la atención de nuestros lectores sobre las figuras históricas con quien el ministro de la Guerra se compara modestamente, siendo así que la única a quien se aproxima un poco, dicho sea con permiso del regente, es a Washington; pero en un solo episodio de su vida, del cual fué parodia otro análogo ocurrido a Lincoln.

Volvió a tomar el camino de Fuenterrabía, bajó al puerto, desierto a aquella hora, se apoderó de un bote y fué a desembarcar cerca de Hendaya al otro lado del Bidasoa. Al saltar en tierra, y observando que bajaba la marea, abandonó el bote a la corriente, que lo arrastró al mar. Antes de ir más lejos, se quitó sus harapos de gitano y los enterró en el fondo, temeroso de que estuviese manchados de sangre: luego pasó al lado de Hendaya, atravesó las colinas desiertas que separan este pueblo de San Juan de Luz, y se detuvo en esta última población. Allí tomó asiento en la diligencia bajó el nombre de Ternao y se dirigió a Bayona, de donde pasó a Burdeos. Salí de allí a las seis de la tarde y a la madrugada siguiente un cochecillo de alquiler lo dejaba en la calle de Saint-Jacques. Desde esta, llevando en la mano su saco de noche, se dirigió al boulevard Montparnasse, y entró en su casa por la puerta del jardín, después de cerciorarse de que nadie le había observado. Su expedición había durado seis días.

A los dos de su llegada escribió a M. Gurnout, citándole para aquella misma noche.

Como M. Morany tomaba siempre las mismas precauciones respecto de su agente, no insistiremos más sobre el particular.

—¿Cómo está la Bolsa, preguntó a M. Gurnout? Bueno es advertir que M. Morany había empezado a emplear al agente para algunos asuntos burátiles.

Era este uno de esos especuladores poco escrupulosos que se pasean al rededor de la Bolsa, y tratan de coger en sus redes a los ineptos.

El supuesto M. Gardelan (este era el nombre que Morany tomaba en la calle Laval) había manifestado tal

crédulo y tal ignorancia de los negocios, que Gurnout le había robado a su placer.

Al cabo de algún tiempo, M. Morany pidió cuentas más detalladas acerca de las operaciones terminadas antes de empezar otras nuevas. Confiado en la incapacidad de su cliente, Gurnout presentó algunos justificantes que se propuso recoger después de habérselos enseñado a M. Gardelan: este los dobló aprobando con una inclinación de cabeza las explicaciones que le daba el agente, y se los metió en el bolsillo. M. Gurnout tenía sin duda alguna motivación oculta para desear recobrarlos, porque durante ocho días empleó todos los resortes de su diplomacia menuda para conseguirlos; pero fué en vano. Temeroso, pues, de excitar las sospechas de M. Gardelan, dejó de hablarle del asunto.

Aprovechando la pregunta que se le hacía sobre el estado de la Bolsa, M. Gurnout desplegó en aquella ocasión para demostrar a su cliente que en aquellos momentos podían ganarse montes de oro en determinadas operaciones; M. Morany le dijo que prefería aguardar.

Al fin viendo que era inútil insistir, habló de otra cosa.

—A propósito, dijo a su cliente, he encontrado el hombre que necesitaba.

—¿Qué hombre?

—Me pedisteis el otro día un hombre diestro en las armas, poco escrupuloso, y seguro de dejar muerto en el campo a su contrario.

—¿Ahí sí, es verdad.

—Pues bien, tengo lo que os hace falta. Se llama Parrezot; es un mozo de buena familia, que ha devorado su patrimonio, y en el día no tiene más que deudas. Necesito

acerca del hecho en sí y de sus posibles consecuencias.

No hay para qué repetir los argumentos antes de ahora empleados contra el tiránico acuerdo de exigir el juramento católico para la observancia y guarda de una constitución atea; jurar por Dios y los Santos Evangelios, ser fiel a un código que admite todas las religiones, hasta las que no creen en los Evangelios ni en Dios, es un absurdo digno tan solo de los perturbadores de todo principio político y moral; imponer a las clases civiles la obligación de prestar ese juramento, sopena de perder todo haber activo y pasivo, es retroceder a los últimos confines del despotismo revolucionario, en nombre de una libertad que empieza por cohibir bárbaramente la conciencia. Las clases civiles, ante la perspectiva del hambre y de la miseria, obedeciendo a una verdadera fuerza mayor, espantadas ante el riesgo de perder quizá largos años de servicio, quizá pensiones obtenidas a título oneroso, ante el espectáculo de un desastre en cada familia, han jurado el Código democrático, que rasga una por una las glorias y las tradiciones de la patria.

El clero, inspirado siempre en el noble sentimiento de su deber, a la altura de su santa misión, fuerte en la justicia y en la verdad, acata el poder constituido sin discutir su legitimidad; obedece a los que mandan, *etiam discitis*, como dice San Pablo; pero no lleva su acatamiento ni su obediencia al otro lado de los preceptos que le impone otra voluntad más augusta que la de los hombres, y otra ley más respetable que la de los revolucionarios.

Para el clero fué, desde luego, un caso gravísimo de conciencia el solo anuncio de que se le obligase por el poder civil a jurar la Constitución de 1869; y desandando proceder con el debido acierto, acudió a la cabeza visible de la Iglesia, centro de toda verdad, pidiendo norma a que arreglar su conducta. En Roma se acordó, según hemos llegado a entender, que los reverendos obispos consultaran directamente el caso con la sagrada penitenciaría, por cuyo conducto se dignaría dictar la Santa Sede la solución oportuna. Queríase, sin duda, apartar de esta cuestión puramente religiosa, y de conciencia todo carácter político y diplomático, puesto que la Santa Sede no mantenía relación alguna oficial con el gobierno establecido en Madrid.

La sagrada penitenciaría, después de estudiar y meditar el punto teológico con la profundidad y sabiduría que resplandecen en el cardenal penitenciario y en los doctores que lo auxilian, consultó la negativa al juramento, disponiendo el Padre Santo, como un nuevo testimonio de su benignidad, que en caso de exigencia a todo trance por parte del poder civil, los eclesiásticos formularan el juramento con la cláusula de «no entender que juraban cosa alguna que fuese ó pudiese ser contraria a las leyes de Dios ó de la Iglesia.» No es difícil de adivinar que así limitado el juramento de la Constitución democrática, no había el más leve inconveniente en que el clero, *pro bono pacis* obedeciese a la imposición del poder civil. Una vez que los señores obispos se apresuraron a exponer a sus feligreses por medio de pastores el modo y forma en que el clero juraba y en que los fieles todos podían jurar, la cuestión religiosa estaba salvada bajo todos sus aspectos.

Considero sin duda el gobierno de Madrid, ó le hicieron considerar, que esta decisión de Roma quitaba fuerza revolucionaria al acto del juramento; y entonces se tuvo por indispensable enviar a la ciudad eterna un comisionado especial, que suplicase a nombre del gobierno del regente la modificación de aquella medida. El gobierno propuso, según nuestras noticias, hacer el mismo de una manera solemne cerca de la Santa Sede, la declaración que la Santa Sede exigía como adición a la fórmula del juramento. ¿Quién lo creyera? una nota semi-cancillerescas, suscrita por el Sr. Becerra, como ministro interino de Estado, dió al Romano Pontífice la seguridad absoluta y expresa de que al exigir el juramento al clero, en manera alguna se le obligaba a jurar cosa que fuese contraria a las leyes de Dios ó de la Iglesia. La nota del ministerio de Estado era, pues, la cláusula misma puesta anteriormente por la Santa Sede: el gobierno la hacía suya: la aceptaba para pedir el juramento en vez de que los eclesiásticos

la añadiesen al prestarlo. La Santa Sede no halló inconveniente alguno en esta simple variación de método, y a tenor del acuerdo se comunicaron las oportunas instrucciones.

¿Cómo, pues, ha podido el gobierno mismo del regente, sin faltar a lo prometido, de una manera inconcebible, imponer al clero el juramento incondicional? ¿Cómo se ha podido omitir en el decreto mismo en que esa obligación se prescribe la noticia oficial de la negociación solicitada en Roma y de la solemne protesta hecha ante la Santa Sede? Las más vulgares nociones de lealtad y de respeto exigían que al articulado del famoso decreto precediese la historia de la súplica elevada al Padre Santo, y aun el texto mismo de la nota del Sr. Becerra. ¿Es esto por ventura mucho exigir en días de publicidad ilimitada?

Los hombres de la revolución, obcecados en la afeia y nauseabunda antipatía contra la Iglesia y sus ministros, se avergüenzan sin duda de declarar que han solicitado algo de Roma, que han acudido a Roma, como fuente del poder espiritual, en busca de solución para un conflicto creado por ellos mismos; y ante el furor de los demócratas y de los republicanos, y ante el enojo de la Tertulia progresista, los hombres de la revolución han retrocedido, y consienten en proclamar su propia consecuencia primero que admitir la más leve atenuación en los impulsos de su enemistad y de sus odios. El ministerio pide, pues, a los obispos y al clero todo el juramento de la Constitución, sin salvedad alguna, como si no hubiera Iglesia, como si no hubiera derecho divino; y los obispos y el clero todo, unidos en el santo lazo de la jerarquía, de la doctrina, de la fe y de la moral, se niegan a prestar ese juramento, que repugna con otras más solemnes que tienen prestados, que es un verdadero acto de fuerza contra el sagrado inviolable de la conciencia sacerdotal y de la conciencia cristiana.

Hemos expuesto en breves y sencillas palabras la historia de este gravísimo asunto, tal como hasta nosotros ha llegado, y reputamos exacta. El conflicto es grave: la responsabilidad es de los hombres que ocupan el poder.

¿Comete el clero una verdadera desobediencia negándose a jurar la Constitución democrática, en que se legisla sobre lo divino y sobre lo humano, y se deroga el Concordato y el Concilio de Trento, y se establecen libertades ilimitadas que la Iglesia condena, y se destruye la unidad católica en España? Algo de extraordinario y de excepcional debió de ver desde luego el gobierno mismo en la cuestión del juramento del clero; cuando acudió a Roma a solicitar la veta, la autorización del Sumo Pontífice, comprendiendo que sin ella el clero no procedería a jurar. Si después, reconociendo la benignidad de la Santa Sede, el gobierno formuló un compromiso solemne en el punto concreto de que se trata, y ahora, olvidándolo todo, se arrepiente acaso hasta de haber acudido a Roma, ¿con qué derecho puede resumir una autoridad que antes no se atrevió a apropiarse por completo? El gobierno, que antes no se atrevió a imponer el juramento, no ha tenido razón ni justicia para imponerlo después. Y el clero, que nunca niega la obediencia debida a los poderes seculares, está en lo justo y en lo razonable, y en lo digno, defendiendo los fueros de la conciencia y la santidad de leyes que no puede derogar la voluntad aviesa de los hombres.

No es, en manera alguna, un acto de rebelión el que ofrece el clero resistiendo ligarse con juramento a una obra revolucionaria que ataca por su base las tradiciones de la Iglesia y de la sociedad española. El clero, en la ocasión presente, dá a los ojos de todos los españoles honrados un gran ejemplo, que los inflexibles en parte de tantas amarguras y de tantas tribulaciones como han traído sobre España la impiedad y la anarquía de diez y nueve meses.

No hay poder humano capaz de derogar ni de conmovier siquiera las leyes divinas; los poderes revolucionarios destruirán por ministerio de la fuerza material, clases é instituciones; pero no lograrán alterar en su esencia el más leve de los preceptos sagrados, la más sencilla de las nociones morales. El gobierno del regente, que en Agosto se reconocía sin facultades bastantes para pedir al clero el juramento de su Constitución democrática, no tiene hoy más aptitud, ó como di-

cen los teólogos, más *misión* para imponer al clero una obligación que directamente grava su conciencia. En este terreno, la razón está toda de parte del clero; su lógica es irrefutable. No se trata de un caso de desobediencia, se trata de un caso de mandato indebido, de una extralimitación del poder civil.

¿Qué hará el gobierno en vista de la noble actitud del clero? Lo primero que hará será lo de siempre; esto es, tener miedo; después atribuir a la mano oculta de la reacción la causa del conflicto: careciendo de ideas propias, oír a los demócratas que le aconsejan la separación definitiva de la Iglesia y el Estado; los progresistas, menos ideólogos y más cauderos, pondrán, desde luego, medidas delicadas, como la supresión del presupuesto de culto y clero, la prohibición a los obispos para volver de Roma, y el encargo a la Tertulia de que elija preladose entre los individuos de su seno. Y alguno de estos consejos prevalecerá; sobre todo, el de elevar a decreto la costumbre de no pagar a los curas. Una clase entera, la más respetable de la sociedad, será privada por escrito, como ahora lo está sin duda por orden verbal, de los emolumentos que de derecho le corresponden: y en toda España tendrá que verificarse una gran cuestación por provincias y por pueblos, para mantener con limosnas el culto católico, y salvar a sus ministros de los horrores del hambre. Este es probablemente el día que la unión liberal aguarda para declarar su definitiva batalla a la revolución, de que es coactora. La unión liberal, aunque excéptica, aunque contaminada con las doctrinas impías que han prevalecido en la Asamblea, aunque legisladora de la libertad de cultos, se apresurará, como recurso político, a apoderarse de la bandera del catolicismo y de la defensa del clero el día en que estallen las iras progresistas puras de Montero Rios y de Figuerola, bandera seguramente un poco más nacional y más simpática que la de Montpensier. Por fortuna, la inmensa mayoría de la nación, y sobre todo el clero, saben a qué atenerse respecto a los perturbadores de Setiembre en sus tres grupos ó partidos.

Quien diere aspecto político a la cuestión del juramento del clero, la empujeará, y hace al clero tanto daño como los mismos revolucionarios. Es un asunto de conciencia y de dignidad. El clero, salvando estos altísimos intereses a despecho de los furiosos demagógicos y de todas las tiranías, dá un gran testimonio de su virtud y entereza, é interpreta con fidelidad el sentimiento patriótico del verdadero pueblo español, hoy cautivo dentro de su propia tierra, triste y deshonrado por la alevosía y la audacia de unos pocos.

Para nosotros es indudable que el ministerio, acosado por la Tertulia y por sus enemigos íntimos de la democracia, tomará contra el clero en general una medida ruidosa; el gobierno, que no se ha atrevido a tomarla contra Suñer y Capdevila! Pero también abrigamos la esperanza de que los pequeños Dioclecianos de la edad presente cierran con ese acto la ignominiosa historia del degradado imperio que en parodia representan.

Es muy singular lo que está pasando en la situación actual con el Sr. Rivero. Pasaba por órgano de la democracia, lo cual equivale a decir, por órgano del partido republicano, y en tal concepto y como genuino representante del elemento que hizo en Madrid la revolución de Setiembre (con permiso sea dicho del Sr. Madoz); del elemento que se apoderó del edificio que ocupa el ministerio de la Gobernación, del Parque y sus cuarenta mil fusiles; y en una palabra, de toda la población; como representante, decimos, de ese elemento, se le instaló en la presidencia del ayuntamiento, y ejerció el poder más absoluto y discrecional.

Con esa misma significación pasó de la alcaldía al ministerio de la Gobernación, y se presentó, con sus naturales ímpetus, tratando de imponer su política y dando no poco que decir con sus arranques autocráticos respecto a los demás ministros. Se creía que llevaba al ministerio una gran fuerza, y que sería el grande elemento que impulsara la revolución.

Pues bien, ahora, ayer sin ir más lejos, se ha visto que el Sr. Rivero es el objeto preferente de los ataques de los republicanos; y que el ministro de la Gobernación ha dicho en pleno Congreso

el de M. Ferdinand Martigné, otro el del desgraciado cocho.

Se atribuyó generalmente esta desgracia a la embriaguez de este último. Sin embargo, los criados con quienes había comido, afirmaron que no bebí con exceso; pero sin duda el temor de ser reprendidos, fué el que le hizo expresarse de esta manera.

III.

Un mes después del entierro de M. Ferdinand Martigné, la familia hizo celebrar misas por el descanso de su alma. En estas misas, a que no asistían más que los parientes, se notó la presencia de M. Morany, cuya tez cobrizo despertó naturalmente la curiosidad. Al salir de la iglesia, se le vio subir en un hermoso carruaje tirado por dos caballos por los que muchos aficionados no hubieran titubeado en pagar 10,000 francos.

Mad. Martigné, madre de M. Ferdinand, y por consiguiente abuela de Gontran y de Vicente, había residido mucho tiempo en Pondichery, por cuya razón se supuso que el mestizo había podido conocer allí a ella ó a su familia.

Dos ó tres días después, M. Morany se presentó en casa de M. Ernest Martigné, hermano de Gontran y de Vicente.

Ernesto había establecido con sus hermanos una casa de comercio, que no prosperaba gran cosa. Su hijo gastaba, sin embargo, bastante lujo. Jóven y hermoso, según todos, discreto, según algunos, gustaba mucho del mundo, y no pnsaba más que en sus triunfos.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

UN PARENTESCO FATAL.

(Continuación.)

Aunque herido mortalmente, Martigné tuvo fuerza bastante para volverse y coger por el cuello a su adversario, gritando: ¡sócuro!

—¡Favor! exclamaba también José, que empezaba a perder la respiración.

Escondido detrás de las malezas M. Morany parecía vacilar entre dos resoluciones. Por fin salió de su inmovilidad, y se lanzó hacia los dos adversarios que se retorcían en el camino como culebras. Cogió la escopeta que se le había escapado de las manos en su caída a Martigné, y la disparó sobre la cabeza de José. Los sesos del desgraciado español salpicaron a Martigné: quiso éste levantarse, pero le faltaron las fuerzas; un instante se agarró a la roca en que se oía el ruido de sus uñas.

—¡Sócuro! gritaba con voz cada vez más débil: ¡sócuro! ¡me mueren!

M. Morany había vuelto a su escondite de las malezas, y con el oído y la vista atentos parecía temeroso de que el tiro atrajese alguna gente y se preparaba a escapar. Al fin oyó algo que caía en el suelo como una masa inerte. Era Martigné que acababa de espirar.

—Ya tengo dos menos, murmuró el indio inclinándose sobre el cuerpo de Martigné: nadie sospechará que he sido yo su asesino; todo el mundo echará la culpa a José.

de los más seguros, los entrega la administración del crédito hipotecario español a un grupo de banqueros de París, que no nombra, con condiciones que sigilosamente enuncia, y que es presumible sean los mismos administradores residentes en París, que ofrecen la venta de acciones a precio de coste; de esta suerte, lo más robusto y lo más sano de la cartera, que es la masa de obligaciones del Norte, va a ser cambiada con un enorme quebranto, por acciones propias, cuyo valor oscila con tanta violencia, que asciende y desciende desde 1,000 a 140 francos, por lo cual carecen de la solidez que aquellas tendrían.

Salida con el producto de la venta de las obligaciones el importe de la compra de las acciones con diferencias escasas, se habrá producido el siguiente resultado:

Para los banqueros, reemplazo en su cartera de las acciones del mobiliario español, por obligaciones del Norte con interés fijo, cuando aquellos tienen sin pagar siete cupones; que por una acción del mobiliario recibirán 350 francos, mientras que puede observarse que por una obligación del Norte pagarán 160, ó lo que es lo mismo, por cada acción, dos obligaciones, más 340 francos.

Para los accionistas, que serán 120,000, y no 183,000 como eran antes, las acciones a las cuales se aplicarán los beneficios futuros; mas como la dolorosa experiencia de los dos últimos años acredita que tales beneficios no se obtienen, y los futuros no pasan de ser una bella ilusión, la ventaja resultante de la reducción de títulos se elevará a cero.

Otro resultado, y es infalible, será que la compañía se verá privada del ingreso anual de tres millones y medio de francos que el del Norte hubiera satisfecho puntualmente a las 260,000 obligaciones.

Por último, que al primer anuncio de tan tenebrosas operaciones, la cotización de París acusa una considerable baja en el precio de las acciones del mobiliario, y que es forzoso renunciar ya a toda esperanza.

En vista de esto se pidió a la junta:

1.º Al tenedor de cada una de las acciones de la sociedad Crédito hipotecario español, se entregará una obligación de prioridad de ferro-carril del Norte, al precio de 160 francos y con el coupon vencido de 1.º de Abril.

2.º Al dorso de cada título, se anotará dicha entrega, cuando se verifique, y la consiguiente reducción de su valor nominal de 500 a 340 francos.

3.º La obligación correspondiente a cada una de las acciones que no sea reclamada por el accionista interesado, en el plazo de cinco años, quedará en beneficio de la compañía.

4.º El capital de la sociedad será de 62,220,000 frs. y el de cada acción de 340.

La presidencia, intolerante sobre toda consideración, fundándose en escrúpulos reglamentarios, no consintió que se pronunciara una sola frase en su defensa ni se dignó combatirla como debía a la prosperidad de la compañía. Ni cómo había de hacerlo, si solo puede alargarse contra ella, las ventajas y meritos que a los administradores residentes en París producirá la operación doble de la venta de acciones y compra de obligaciones?

Por lo que queda relacionado, la minoría ha producido un recurso ante el señor ministro de Hacienda, pidiendo que se deniegue a los acuerdos adoptados por la mayoría la aprobación que es necesaria para que legalmente sean ejecutivos.

SECCION OFICIAL.

La Gaceta de ayer no contiene disposición alguna de interés general.

REVISTA DE LA PRENSA.

La Igualdad comienza a rezar el oficio de difuntos por las Cortes Soberanas.

Del juicio de residencia que hace de las mismas, tomamos lo siguiente:

«Desde que existen Parlaentos en el mundo, ninguno ha decaído tanto, ninguno ha venido a un estado tan deplorable como las Cortes Constituyentes de 1869.

Todos los periódicos, desde los más exageradamente ministeriales hasta los de más ruda é intrínseca oposición; todos los partidos, y hasta los disidentes mismos de las diversas fracciones que componen la Asamblea, convienen en que esta, a pesar de su soberanía, se ha puesto en pugna con la opinión pública, enajenado las simpatías del país y venido a un estado lamentable de postración, de nulidad y de impotencia.

Pronto hará un año que La Igualdad anunció a sus lectores ese fenómeno parlamentario, efecto natural y rigurosamente lógico de causas de todas conocidas, que la servil adulación y pequeñez de miras de la prensa ministerial no sabía o no quería explicar, para ocultar al país el vicio originario, el cáncer inveterado que corroe las entrañas de esta situación indefinible, que ni es revolucionaria, ni conservadora, ni liberal, ni parlamentaria, ni siquiera tiene un carácter marcadamente reaccionario, por lo mismo que está amenazada y a punto de desaparecer al impulso de tres distintas reacciones.

La Asamblea Constituyente ha sido sorprendida en flagrante delito de inconsecuencia, de contradicción y de veleidad dos veces por semana, y si hubiéramos de creer, con M. Quinet, que esa irregular conducta de los representantes de un gran pueblo es un eclipse de la conciencia humana, que se advierte siempre en las grandes caídas de las libertades públicas, vendríamos a deducir que no está lejano el día de la gran catástrofe para la estéril revolución de Setiembre.

¿Qué han hecho las Cortes? ó mejor dicho ¿qué ha hecho la mayoría de las Cortes, desde que estas dieron principio a sus tareas, sino contradecirse a cada momento y abdicar en cada sesión?

Ella ha faltado a sus compromisos con el pueblo, votando el restablecimiento de las quintas y de los consumos, aumentando los presupuestos, creando nuevas contribuciones, como la de capitación, autorizando repagos y enormes empréstitos, consintiendo la falta de publicidad y de licitación en las operaciones del Sr. Pi-gueroa y tolerando todo género de abusos administrativos.

Ella, que debía contar, como su más firme sosten y eficaz apoyo, con la milicia ciudadana, ha visto con indiferencia, tal vez con júbilo, desarmar a los voluntarios de la libertad en todas las poblaciones importantes.

Ella, que hacía alarde de generosidad con los reaccionarios vencidos, se ha mostrado inhumana é implacable con las ciudades más liberales, mas ricas y populosas de España, viendo con impasibilidad pasmosa, y sin la menor protesta, bombardear sucesivamente a Cádiz, Málaga, Zaragoza, Valencia y Barcelona, sin duda porque participa de la extravagante opinión de un ministro doctrinario de Francia, según el cual el derecho de los pueblos se funda sobre la sangre.

Ella ha permitido hollar impunemente los derechos individuales, restablecer leyes draconianas de tiempos lejanos, expedir leyes bárbaras de exterminio, y fusilar sin formación de causa a ciudadanos indefensos, y tal vez inocentes.

Ella ha tolerado que el gobierno infrinja sistemáticamente la Constitución recientemente promulgada, la ha infringido ella misma en algunos de sus más importantes artículos, y dejado en suspenso el cumplimiento de otros muchos.

Ella, en fin, ha falseado, pervertido y desconectado el sistema constitucional parlamentario, por medio de combinaciones cabalísticas, de juntas secretas, de comisiones directivas, de arreglos, de negociaciones y

de credenciales, proponiéndose sin duda parodiarse, por no comprender su verdadero alcance, una frase que hizo fortuna, de M. Bismarck, a quien se atribuía el propósito de extirpar el parlamentarismo en el Parlamento.

Esta es la historia, la brillante historia que nos ofrece la mayoría de las Cortes Constituyentes, devorada por luchas intestinas, por rivalidades odiosas, por mezquinas cuestiones personales, dividida en bandos, fraccionada en grupos, y trabajada por influencias y aspiraciones opuestas.

Y las Cortes en donde hay esa mayoría se llaman soberanas! Y hay quien conserva todavía la esperanza de que pueden levantarse de su postración, realizar su debilitado prestigio y salvar la patria y la revolución!

De un artículo que El Eco del Progreso dedica a examinar la revolución y sus consecuencias, tomamos los siguientes párrafos, que en boca de un amigo de la situación no tienen precio:

«Una administración incoherente, dice el colega, y una Hacienda dislocada hasta el extremo en que se encuentra la muestra, hacen imposible todo gobierno, y bastan y sobran para hundir a la nación más potente, y acabar con la ya tan debilitada, empobrecida y exánime a fuerza de los malos tratamientos de manos empíricas, que durante tanto tiempo la vienen manipulando.

Y qué se ha hecho, qué se hace para sacarla de postración tan dolorosa y degradante? ¿Qué? No gobernar, ó mejor dicho, desgobernar. Vivir al día de hoy, gozar y solazarse en posiciones que soñadas, hubieran asustado sin duda a los mismos que las ocupan, y pensar, tal vez demasiado é individualmente, en el mañana que se dibuja en lontananza.

Pero ¿y el país? ¡Ah! El país tiene derechos individuales, tiene libertad, Cortes, ministros que se afanan por sostener una interinidad cuyos beneficios no sabe apreciar; y tiene, en fin, otra porción de cosas que sería prolijo enumerar. ¿Qué más quiere? ¿de qué se queja? Dice que se le exige mucho, que no puede con la carga, que la industria ha decaído, que la agricultura ha decaído de un modo inconcebible, que de las artes no va quedando más que el nombre, que el comercio se reduce por días a una pura ilusión, y por último, la tetraca y descarnada faz del hambre invade todos los ámbitos de la Península; todo esto es verdad, mucha é irrefutable verdad; pero ¿no conoce el país la ineludible ley de la compensación?

El Universal por sí juzga del siguiente modo la situación del país y de la Cámara:

Es preciso detenerse un momento, siquiera un ó examinando la situación en que se encuentra el país, hoy que sus representantes en el Parlamento vuelven a la lucha de la política palpitante, de circunstancias; lucha diaria de que tan poco beneficio hemos sacado al cabo de diez y nueve meses; lucha diaria en que más de una vez los intereses públicos han sido postergados, y el encono de parcialidad ó de bandería ha sustituido a la rectitud y el juicio en los grandes debates legislativos; lucha diaria, donde se ha gastado la virilidad de una revolución gigante, donde se han fatigado los esfuerzos de un radicalismo entusiasta por su fé y respetable por el número de sus adeptos.

De ahí el cansancio y el desencanto del país, que ya hemos puesto de relieve en varias ocasiones; de ahí ese malestar que todos comprendemos, en el que todos estamos conformes cuando se trata de investigar sus causas, desviándonos considerablemente, discrepando, injustamente al apreciar el remedio que puede y debe aplicarse.

El descanso que la Constituyente se ha proporcionado, ha sido corto, pero provechoso.

Habría visto, como lo vemos nosotros, el desconcierto legislativo en que nos tiene la falta de las leyes orgánicas, leyes complementarias que hagan de nuestro Código fundamental, no un programa de principios, no el credo político de un partido militante, sino las armas de gobierno de un partido triunfante; no el santuario a cuyas cerradas puertas se prosterna el Estado, sino la atmósfera en que el Estado respira, en que el Estado se agita y vive, que en el movimiento y en la respiración está la vida del hombre, de la familia y del Estado social.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

Habrán visto, como la vemos nosotros, la angustiosa situación de nuestra Hacienda agotada, de nuestro Tesoro exhausto.

gente, Sres. Mola y Boet. También ha sido puesto en libertad el Sr. Patxot.

La minoría republicana ha vuelto a reunirse ayer antes de la sesión.

Ayer hubo un alboroto en Roquetas (Almería), promovido por los carlistas que pusieron en conmoción al pueblo al grito de viva Carlos VIII. El hecho, sin embargo, no tuvo gran importancia, reduciéndose a aquel pequeño desahogo de los neos de la población. El orden quedó en breve restablecido, merced á la enérgica actitud de las autoridades locales.

Hasta hoy no llegará á Madrid el ministro de Fomento.

Ayer ha tomado posesión de la dirección de propiedades y derechos del Estado, D. Venancio González.

Mañana se verificará en Tarragona la elección de 11 concejales para completar el ayuntamiento de aquella capital.

Esta tarde se ha firmado en el ministerio de Estado un tratado de correos con Bélgica.

La Independencia Española dice que la animación creciente que se nota en la Tertulia progresista, es porque cada día es mayor el convencimiento que hay en el partido liberal de que debe llegarse pronto a la Constitución de la monarquía. Nuestro apreciable colega sigue declamando como la mejor candidatura, la del duque de la Victoria.

Dice La Correspondencia que no es cierto que el clero de Zamora se le deban quince mensualidades como asegura un colega; la verdad es que se le adeudan los haberes personales de cinco meses del actual presupuesto, y tres del anterior. Casi casi se le puede llamar á.

La noche del 8 del corriente mes fué robada la iglesia parroquial de la Torre de Miguel Sesma, llevándose los ladrones las alhajas siguientes: Tres lamparas, de plata.—Una cruz, de id.—Una custodia, de id.—La cruz parroquial, de id.—Dos cruces, de id.—Un incensario, de id.—Dos pares de vinajeras, de id.—Un cáliz pequeño, de id.—Una vela, de id.

En cartas recibidas de Filipinas se asegura que don Gabriel Alvarez, intendente general, había presentado su dimisión y se disponía para regresar á la Península con el próximo correo.

Anoche regresó á Madrid de su viaje á la Granja el regente del reino.

SECCION DE PROVINCIAS.

Un periódico de Granada refiere el siguiente hecho:

«Resultado desastroso.—Cuando hace pocos días encañecimos la conveniencia de que se obligase á los carniceros á usar la sierra para cortar los huesos, evitando así el uso de un fragmento de los mismos, oculto entre la carne, pudiese producir consecuencias desagradables en el que la come, estábamos lejos de presumir que inmediatamente se justificara nuestro temor. Por desgracia así ha sucedido, y sabemos que en una huerta de esta población, ha fallecido recientemente un sujeto á consecuencia de haber tragado una esquirola del hueso de la pierna de cernejo, que se implantó en el exofago, sin que alcanzaran á salvarle los recursos de la ciencia, aplicados por varios profesores muy conocidos de esta población.

Probablemente nada alcanzará este hecho para que la autoridad ponga el remedio que es tan fácil, pero al menos servirá de ejemplo para que cada uno tome sus precauciones, evitando su repetición.

Según el Diario de Cádiz, parece que la superioridad ha dispuesto que de lo que resulte circulable del efectivo recibido de Marruecos se satisfagan los premios de lotería de los sorteos de 14 y 23 de Marzo último en las administraciones de Cádiz y esta capital, y el resto se aplicará á las atenciones del departamento de marina y las de guerra de Cádiz.

Buena esperanza les queda á los muchos postergados que hay pendientes de pago. Veremos si el mes que viene, que hay recaudación de contribuciones, se satisfic lo que esté más atrasado.

Buena sería que los señores jefes de la administración económica recordaran al gobierno el estado precario en que se encuentran algunos acreedores del Tesoro.

El Vigía de Cádiz da cuenta del siguiente naufragio: «Según parte del cónsul general de España en Argel, fué hallado el 13 de Marzo un buque de 120 á 150 toneladas, que parece ser de construcción española, abandonado sobre la costa de la triba de las Falasas, al E. de las islas Colombi, y cerca del río Pazagrat. Este buque, según la descripción, tenía á su bordo una pequeña canoa, su palo una antena sin vela y un timon de respeto. Está pintado de encarnado por proa y popa y de la línea de flotación, y el resto del casco de blanco sobre una superficie de metro y medio por encima de dicha línea; la pintura es negra por fuera y gris por dentro, excepto los barraganes, que son encarnados.

El banco del timonel, en forma de jaula, es también del último color; dos curvas fuertes de hierro se hallan fijadas sobre el bue maestro. La cubierta tiene cuatro escotillas. Los toletes están cubiertos de juncos, formando coginetes forrados con estera. El número de cuadermas es 25. La canoa está pintada como el buque. No hay sobre estas embarcaciones número, nombre ni señal alguna que pueda dar indicios de su origen. No había á bordo ni víveres ni carga alguna; solamente se hallaron dos pantalones sin marca.

Nos escriben de Riosco diciéndonos que las procesiones de Semana Santa han tenido lugar este año con las mismas solemnidades de costumbre, habiéndolas presidido la corporación municipal, cosa que gustó mucho á los vecinos de dicha ciudad.

Según un diario de Palma, hace tres días sucedió un incidente desagradable en el molinar verificándose una mujer el uso de una casa, y fué, que tocando una escopeta que estaba cargada, se la disparó ocasionándole la muerte.

Dicen de Portugalete que se halla pendiente de la aprobación del gobierno un proyecto de torre de señales para la entrada de aquel puerto.

El ayuntamiento de Alcoy, elegido por sufragio universal, citado en la mañana del sábado 16, á la casa consistorial á prestar juramento á la Constitución, se ha negado de nuevo á ello y se le ha concedido, según instrucciones superiores, ocho días de plazo para que lo preste.

Calculase en unos 35,000 duros el importe de la sustitución del cupo de quintas en Valencia, al respecto de 4,000 rs. solidado. La suscripción entre los mozos ascendió problemáticamente á unos 15,000 duros, y á unos 10,000 la del resto del vecindario; de manera que si no puede lograrse por completo la sustitución, podrán entregarse

á cada soldado 3,000 rs., con lo que se facilitará grandemente aquella.

La diputación foral y provincial de Navarra, en uso de las atribuciones especiales que le concede el art. 15 de la ley de modificación de fueros, ha acordado cubrir el cupo que corresponde á aquella provincia por medio de sustitutos, como lo verificó en el reemplazo anterior.

SECCION EXTRANJERA.

Escasas de noticias vinieron los periódicos extranjeros que recibimos ayer. En cambio el telégrafo nos trae un breve resumen del discurso pronunciado por el vizconde de La Guéronnière en la sesión que celebró el lunes el Senado, y en la cual, como nuestros lectores saben, continuó la discusión del proyecto de reforma constitucional: «Es preciso, dijo el orador, no solamente que Francia sea fuerte, sino también que Europa crea en su fuerza. El buen éxito del plebiscito depende de las ilusiones de algunos espíritus en Europa, que creen á Francia debilitada por el movimiento liberal. El plebiscito será nuestra fuerza en el exterior y la condenación de la revolución en el interior.»

No es posible juzgar un discurso por el ligerísimo extracto que de él se hace en un despacho telegráfico; nos abstendremos, pues, de emitir hoy una opinión que pecaría de aventurada, limitándonos á decir que el plebiscito, siendo todo lo que dice el ilustre vizconde, quizás sea también el camino que le lleve al ministerio de Negocios extranjeros.

Parece cosa resuelta que el domingo próximo se publique, no ya una carta, sino un manifiesto del emperador al pueblo francés, seguido de un decreto en que se señalará el día 8 de Mayo para la votación del plebiscito, que deberá verificarse en un solo día.

Y aquí nos ocurre una observación que no hemos visto consignada en ningún periódico francés, y que, sin embargo, tenemos la pretensión de ser exacta, y es que nunca se ha manifestado con más frecuencia, y de una manera más solemne, la iniciativa del emperador, que desde que ha renunciado al poder personal y consentido en que el imperio autoritario se transformase en imperio parlamentario. A la organización del gabinete del 2 de Enero precedió la carta de Napoleón III á Emilio Ollivier en que se manifestaba su propósito de entrar respetuamente en el camino de las reformas liberales: se iniciaron estas, á las nuevas concesiones siguen demandas nuevas, y otra carta del mismo agosto personaje plantea esforzadamente la cuestión del sueldo-consulto y la derogación, ó por lo menos esencial modificación de la ley fundamental vigente. Surgen complicaciones no previstas, abandonan el ministerio dos individuos importantes, se decide consultar el voto del pueblo francés, y el jefe del Estado se considera otra vez en el caso de dirigir su voz á los electores para prepararlos al grande acto que en breve van á realizar.

No es verdad que nadie crea que ha desaparecido el poder personal, y que á la responsabilidad directa y á la iniciativa del emperador han sustituido la responsabilidad y la iniciativa de sus ministros?

La comisión que entiende en el proyecto de senado-consulto se reunió el domingo para oír al ministerio acerca de las enmiendas presentadas por muchos señores senadores.

La comisión y el gobierno parece que han convenido en suprimir la nomenclatura de las categorías dentro de las cuales tenía forzosamente que encerrarse el emperador para la designación de senadores.

El emperador, como en la Constitución inglesa, podrá elegir los miembros de la alta Cámara sin otra presión que la de la opinión pública que juzga y ratifica.

El sistema de las categorías conduce fatalmente á exclusiones injustas.

Se anuncia que el gobierno y la comisión del senado-consulto se han puesto de acuerdo con objeto de suprimir la definición de las categorías designadas á la elección del emperador, para la composición del Senado, en razón á que el proyecto que se había propuesto presentaba más inconvenientes que ventajas, y en ciertos casos acarrearía injusticias inevitables.

Se ha establecido en París un comité central para el plebiscito de 1870, siendo nombrado presidente el duque de Albufera, y habiendo elegido una comisión ejecutiva compuesta de los siguientes individuos:

El almirante Bonet-Gillannez, senador.
El vizconde de La Guéronnière, idem.
El conde Frédéric de Lagrange, diputado.
Clément Duvernois, idem.
Emilio de Girardin.

Los diputados del centro derecho se han reunido á fin de organizar un comité de propaganda para el plebiscito. La prensa ha sido llamada á tomar parte en esta conferencia.

El marqués de Banneville salió en la noche del 11 de París para regresar por tierra á Roma. Lleva un memorándum que está encargado de entregar al Soberano Pontífice, en contestación al último despacho del cardenal Antonelli.

La Memoria Diplomática dice que Su Santidad, después de haber traducido en latín ese memorándum, lo comunicará al Concilio por conducto de los cardenales legados.

Añade el mismo periódico que el gabinete de las Tullerías ha elegido la forma de memorándum para hacer oír su voz en el Concilio, y para dejar al mismo tiempo á salvo su responsabilidad respecto de las demás potencias católicas, sin necesidad de acreditar un embajador ni al marqués de Banneville cerca de Concilio. Los cardenales legados solo presiden el Concilio por delegación del Papa, y no están autorizados para recibir embajadores en la misma ciudad en que reside el Soberano Pontífice.

El memorándum que lleva el marqués de Banneville para ser entregado á Su Santidad ha sido comunicado confidencialmente á Austria y á otras potencias.

Dos noticias importantes de Le Gaulois en su último número: la una que el gobierno italiano, á pesar de sus dificultades interiores, está haciendo grandes armamentos; la otra que está completamente reconstituido aquel famoso Tesoro del rey de Prusia, que permitió al conde de Bismarck hacer la guerra de 1866 sin la autorización del Parlamento.

Además de los dos comités, el comité no, que combatirá el plebiscito y el comité sí, que lo defenderá, la prensa democrática de París ha establecido otro, cuyo objeto es velar por los intereses democráticos durante el plebiscito.

Se ha descubierto en Bucharest un complot contra la vida del príncipe Carlos. El partido socialista continúa haciendo prosélitos; pero los comités revolucionarios se han pronunciado francamente por un príncipe indigena.

Los desórdenes de que habló el telégrafo ocurridos en Portugal, tuvieron lugar, en efecto, en el concejo de Ovar, con motivo de las rectificaciones de la estadística para el pago de contribuciones. Los comisionados tuvieron que retirarse y tuvieron fuerza, volviendo con 80

hombres; á su aparición empezó el toque de rebato; siendo un hombre solo el que caía la campana, que no fué posible hacerle saltar sino á la fuerza, quedando muerto en la lucha. El pueblo dió tras de los soldados, que se retiraron é hicieron algunas descargas al aire. Entonces hirieron é hicieron algunas descargas al aire. Entonces hirieron é hicieron algunas descargas al aire. Entonces hirieron é hicieron algunas descargas al aire.

El gabinete de Viena tuvo conocimiento anticipado de la segunda nota que el conde Darí acaba de enviar á Roma, habiéndose comprometido á apoyarla cerca de la Santa Sede. El conde de Trauttmansdorff ha recibido las debidas instrucciones al efecto.

Nicotera, el amigo íntimo de Mazzini, ha hecho en la Cámara italiana una profesión de fé constitucional que consolida la república dinástica. Esta profesión de fé destruye las últimas esperanzas de Mazzini.

Ya no hay, pues, en Italia más que dos partidos; los unitarios dinásticos, que constituyen la inmensa mayoría, y los republicanos federales.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Milan 18.
La policía ha descubierto una fábrica clandestina de cartuchos y de pólvora.
Se ha acaecido cuatro prisiones.

Paris 19.
A primera hora de Bolsa se cotizaban:
El 3 por 100 francés, á 74,62 1/2.
El 3 por 100 español interior, á 24 1/8.
El 3 por 100 español exterior 1867, 23 13/16.
El 3 por 100 español exterior 1869, 23 1/4.

Barcelona 18 (á las tres y quince de la tarde, recibido á las cuatro y siete).
En la Bolsa de hoy se han cotizado:
El consolidado, á 24,92 1/2.
El diferido, á 24-80.
Los bonos del Tesoro, á 84-10.
Las subvenciones de ferro-carriles, á 48-00.

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 19 de Abril de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión á las tres menos cuarto, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Rius, dijo:

El Sr. FIGUERAS: He notado que si bien se hace referencia en el acta del incidente promovido por mí respecto á lo ocurrido en los pueblos de los alrededores de Barcelona, no se dice cosa alguna sobre la indicación que hice al señor ministro de la Gobernación para que se sirviera remitir el expediente en que consten todos los datos relativos á lo ocurrido con motivo de la quinta; por consiguiente, yo pregunto á la mesa si ese expediente ha venido ya, ó en otro caso, desearía que el señor ministro de la Gobernación tuviera la bondad de manifestar cuando cree que podrán estar aquí esos documentos; porque si el plazo que se fija ha de ser muy largo, en ese caso la minoría tendrá que ocuparse del asunto desde luego sin esperar los datos oficiales, por más que fuera mucho mejor tenerlos á la vista.

El señor ministro de la GOBERNACION: El Sr. Figueras comprenderá que no es á la minoría, sino al gobierno, á quien más interesa que vengan aquí todos los datos relativos á la quinta; pero hasta hace muy poco no he recibido el último; así es que esta noche me ocuparé en reunirlos todos, y si es posible, mañana mismo estarán aquí.

El Sr. FIGUERAS: Si el señor ministro de la Gobernación puede asegurarnos que mañana mismo estarán aquí, esperaremos, los examinaremos, y pasado mañana trataremos ese asunto; pero si no puede darnos esa seguridad, hoy mismo habremos de empezar el debate.

El señor ministro de la GOBERNACION: Me parece que es bastante formal el compromiso que he contraído, y que no se puede decir más.

Terminado este incidente, y previa la oportuna pregunta, quedó aprobada el acta.

Se leyó una proposición relativa á los acontecimientos de Barcelona; y en su apoyo dijo:

El Sr. TUTAU: Señores diputados: difícil será que yo pueda cumplir ni aun medianamente la misión que me han encomendado mis compañeros; y sin duda alguna habría sido mucho mejor para mí esperar á que el señor ministro de la Gobernación hubiera traído los documentos relativos á los sucesos de Barcelona, para ocuparnos de ellos después de examinados los datos; más como no podemos tener la seguridad de que se traigan mañana, me es indispensable entrar ahora en el debate.

El primer acto que tuvo lugar en ese camino fué el de la disolución de las juntas revolucionarias, en el cual ayudó eficazmente al gobierno el hoy día señor ministro de la Gobernación. El pueblo, en quien iban haciendo progresos las ideas republicanas, que veía proclamada la libertad de imprenta y todos los demás derechos individuales, comprendió que el triunfo de esas ideas era seguro por medio de la propaganda pacífica; no se preocupó de esa medida y siguió su marcha sosegada, creciendo cada vez más el partido republicano.

Se hicieron algunas exposiciones, tuvo lugar un asenato en Tarragona, y se desarmó la milicia en varios puntos sin razón ni motivo alguno que lo justificase. No desmayó por esto el partido republicano, y á pesar de que algunas autoridades combatían el ejercicio de los derechos individuales, se contentó con algunas protestas pacíficas; mas el gobierno, no satisfecho sin duda, con los sucesos á que anteriormente había dado lugar, cuando parecía que no debería volver á hablarse más de las quintas, vino aquí con un proyecto más grave y perjudicial que todo lo antes existente, puesto que priva esa libertad á todos los jóvenes de 20 á 25 años; y no es posible, señores, que se pretenda que el pueblo vea sin queja que una ley tan odiosa como

guna en el campo de los que se dice que se marcharon; y es muy triste lo que después ha sucedido, pues muchos de mis amigos, que han tratado de evitar la sublevación y que han hecho todo lo posible por que el orden no se alterase, han ido a donde se llevaba a los ciudadanos en los moderados y donde se creía no volvería a irse más después de la revolución.

El gobierno está en el deber de abrir una información sobre esos sucesos; y si esto se hace, yo estoy seguro que se verá la exactitud de muchos de los hechos que yo refiero. Ningún desman se ha cometido contra las personas ni las propiedades por los sublevados: en cambio las tropas han ocasionado graves daños en la población, pues entraron echando abajo las puertas donde no les abrían pronto, y en muchas casas el que les abría se encontraba con las bayonetas y las balas de los soldados, que lo dejaban muerto en el acto. Se habla también de la desaparición de valores; y aun cuando esto no lo pueda asegurar, debo indicarlo para que se averigüe lo que haya, y quede cada uno en el lugar que le corresponde.

Debo también advertir, que según la relación del *Diario* a que antes me he referido, la entrada de los soldados en la población ocasionó treinta muertos, ocho heridos y cuarenta y dos prisioneros, sin haber habido lucha alguna ni otra cosa más que ocho ó diez disparos que se hicieron por unos á quienes no se encontró.

Se ha hablado también de si fueron fusilados dos individuos, porque al parecer, tenían las manos como de haber estado haciendo cartuchos; y todo esto debería averiguarse.

Mucho se ha censurado por algunos sobre el modo de hostilizar los paisanos á las tropas colocándose detrás de parapetos, diciendo que eso no es batirse con nobleza; y no sé cómo pueda hablarse de semejante manera, cuando todos sabemos que los que se baten lo primero que procuran es hacerlo del modo menos expuesto.

Precisamente los soldados van en estos casos regimientados, llevan cañones y fusiles de precisión que los paisanos no tienen, y estos no se quejan de ello, á pesar de la gran ventaja que eso proporciona á la tropa. No hay, pues, que apelar á argumentos de ese género, ni decir que se emplean armas de mala ley por los paisanos, porque eso es sobradamente injusto.

Yo creo que basta la enunciaci6n de lo que ha ocurrido en Cataluña para comprender que habiendo sido probablemente la causa de esos sucesos las disposiciones del señor ministro de la Gobernación, y más que todo la conducta del capitán general, que no ha adoptado las medidas oportunas para evitarlos, hay necesidad de que vengan aquí todos los antecedentes, para ver sobre quién debe recaer la responsabilidad de lo que, y exigiéndose, porque si al ciudadano que falta á la ley se le castiga, justo es que se imponga también el debido correctivo á los que, encargados de velar por el cumplimiento de la ley, faltan á este sagrado deber.

Tal vez aquí debería concluir; pero creo que antes de hacerlo debo dirigir algunas palabras á la mayoría radical, que no sé si creará que por el camino que marcha vá á salvar la libertad.

Los progresistas han debido comprender desde el momento que se verificó la revolución, que habían perdido las masas ó estaban próximos á perderlas, y que necesitaban inclinarse á la derecha ó á la izquierda. Algunas palabras pronunciadas por el señor general Prim en Barcelona en cierta ocasión, me hicieron creer que el partido progresista tenía que adoptar uno de dos sistemas: ó bien unido al conservador, dar menos libertad escrita y más libertad práctica, ó verse hacia nosotros.

El partido progresista, por lo que se ve, eligió el peor camino, sin embargo de que no podía evitar el ametrallamiento de las Cortes, ni tampoco que aun antes de la revolución los unionistas quisieron dejarlo á un lado y apoderarse ellos solos de la dirección de la cosa pública, y que el único candidato serio que se ha presentado, el de Portugal, ha fracasado por los manejos unionistas, y que a ellos se debe también el fracaso de la candidatura Génova.

Todo esto, que debía separar completamente á los progresistas del partido unionista, no impide al parecer, por más que pareciera todavía mucho más extraño después de la famosa frase del señor general Prim de «alerta, radicales», que ese partido se vaya á postar á los pies de la unión liberal, aceptando como candidato á D. Antonio de Montpensier, cuatro veces Borbon, cuando antes no le quería de modo alguno, y cuando el grito de la revolución ha sido el de «abajo los Borbones».

Esto procede de que el partido progresista no tiene sistema alguno, y no sabiendo qué hacer, ni qué marcha seguir, no encuentra otro medio que el de ponerse humildemente al servicio de la unión liberal.

El señor ministro de la GOBERNACION: Señores diputados: difícil es convencer al larguísimo discurso en que el Sr. Tutau se ocupa de varios puntos y cosas no pertenecientes al debate; pero yo tampoco tengo obligación de hacerlo sino en lo relativo al objeto de su proposición, que es pedir la presentación de los documentos relativos á los sucesos de Barcelona con motivo de la quinta.

Y bien; minutos antes de que S. S. se levantara á hablar, yo había ofrecido traer esos documentos, y he dicho que los traería si era posible mañana, porque no quería aventurar una palabra cuyo cumplimiento por cualquier accidente imprevisto no me fuera posible. Y siendo esto así, qué se ha propuesto con su discurso el Sr. Tutau?

Pero ha pronunciado el Sr. Tutau algunas palabras que yo no debo pasar en silencio. S. S. que en otra parte de su discurso se ha expresado en términos tan dignos como sensatos, ha dicho que en la insurrección de Barcelona y los pueblos de sus alrededores había un fondo de justicia; pues el pueblo se había levantado contra un tributo cuya abolición se le había ofrecido.

Pero ha pronunciado el Sr. Tutau algunas palabras que yo no debo pasar en silencio. S. S. que en otra parte de su discurso se ha expresado en términos tan dignos como sensatos, ha dicho que en la insurrección de Barcelona y los pueblos de sus alrededores había un fondo de justicia, pues el pueblo se había levantado contra un tributo cuya abolición se le había ofrecido.

Y dicho esto, ruego al Sr. Tutau que retire su proposición, y á la minoría republicana que no presente otras, pues vendrán los documentos oficiales, nos ocuparemos de estas cuestiones con datos á la vista, y podrán juzgar las Cortes de la conducta del gobierno.

El Sr. TUTAU: Es cierto que yo he tocado en mi discurso muchos puntos, y quizás sin profundizar ninguno; pero si con esto ha querido el señor ministro de la Gobernación probar mi insuficiencia, S. S. no necesitaba ponerla de relieve, porque yo la reconozco.

Sobre mis palabras referentes á lo justificado del levantamiento de Gracia y otros pueblos, cumplo decir que yo no apruebo los motines y las insurrecciones cuando son aisladas y sin combinacion de ninguna clase; pero yo, como vosotros, estoy al lado de las revoluciones. Y retiro la proposición.

Se leyó otra sobre el mismo asunto, y dijo en su apoyo: El Sr. PI Y MARGALL: Extraño parecerá, señores diputados, que no queramos acceder á los ruegos del señor ministro de la Gobernación; pero tratándose de sucesos tan graves como los de Barcelona, pudiera ser nuestro silencio mal interpretado.

Yo no sé tampoco lo que nos mueve á levantarnos un día y otro el deseo de hacer oposicion al gobierno: nos duele hacerla, y á mi hoy en particular, porque tengo en frente á un antiguo amigo y juntos hemos defendido la abolición de las quintas, y los derechos individuales, y juntos hemos combatido el grosero militarismo que

nos domina. Y me duele en verdad herirle, cuando además tal vez me hiera á mí mismo al atacarle.

Señores, ¿qué fié tendrán ya los pueblos al ver que así faltan á sus promesas y compromisos los hombres más probados? Al pasar del sitio de la Presidencia al banco azul el señor ministro de la Gobernación, hizo concebir grandes esperanzas al país, siendo muchos los proyectos que de su iniciativa se esperaban; y sin embargo, una sola vez ha subido á la tribuna, y ha sido para pedir una quinta de 40,000 hombres; una de las mayores que se han pedido desde la funesta guerra de los siete años.

¿Qué importa que el señor ministro diga en el preámbulo que sigue siendo enemigo de las quintas? ¿Qué fuerza han de tener ante los hechos las declaraciones de S. S.? Otros ministros, en otras épocas, recuerdo entre ellos á los Sres. Escosura y Bravo Murillo, han hecho algo para contrariar la propensión del poder militar sobre el civil. Pero S. S. ¿qué ha hecho en ese sentido? Absolutamente nada. Lejos de procurar el enaltecimiento del poder civil, ha traído una quinta como he indicado, ha aceptado una ley de reemplazos que establece una segunda reserva perfectamente inútil, y en Barcelona ha consentido que la autoridad civil se confie á un militar, volviendo al bárbaro sistema de los conservadores.

La abolición de las quintas ha sido solemnemente ofrecida por los hombres de la revolución, y así es que para hacer la del año último hubo que dar grandes facilidades á los pueblos; pero hoy, un año después, se ha creído que podía prescindirse de todo género de consideraciones, y se han desatendido por completo, contra los consejos de la más vulgar prudencia, las reclamaciones de los municipios y las diputaciones provinciales.

La de Barcelona se había comprometido á hacer efectivo en dinero el cupo de la provincia, para lo cual arbitraba recursos, siendo uno de ellos un reparto entre los mismos interesados en el sorteo. A este efecto pidió un plazo de ocho días, y el señor ministro de la Gobernación no quiso dar ni ocho horas. De aquí nació el conflicto. El pueblo sorprendido acudió á una plaza celebre por las insurrecciones, gritando «abajo las quintas!» y según parece también, «abajo el gobierno!» Se acudió á la fuerza llamada cuerpos francos, para hacer retirar á la multitud, y resultaron desgracias que pusieron el colmo á la indignación pública. La autoridad civil resignó el mando en la militar, y el señor ministro de la Gobernación, no solo consintió esto, sino que, según mis noticias, se quejaba de que no lo hubiera hecho antes. No me explico esta conducta de S. S.

Pero S. S. ha consentido más: S. S. ha consentido que el capitán general de Cataluña viole la Constitución del Estado, suprimiendo dos periódicos republicanos y suspendiendo la libertad de imprenta sin estar suspendidas las garantías constitucionales; pues aunque es cierto que se había proclamado la ley marcial, sabido es que esta solo se pone en vigor respecto al procedimiento, y que un capitán general no puede suspender la libertad de imprenta. ¿Y han de tolerar las Cortes semejantes desmanes? ¿Qué significan los derechos escritos en la Constitución, si la autoridad civil entregó el mando á la militar, los responsables de lo ocurrido en Barcelona y sus alrededores, son el capitán general del Principado, y aquí el señor ministro de la Guerra, á quien voy á dirigirme directamente.

Yo carezco de datos oficiales; pero cuando periódicos de distintos partidos convienen en los hechos, no puedo menos de considerarlos exactos. ¿Y qué resulta de las relaciones publicadas? Que en Barcelona apenas ha habido sublevación ni barricadas; que sin embargo, el estado de alarma ha durado cuatro días; que poco más ó menos, lo mismo que en Barcelona ha sucedido en Gracia, donde los insurrectos no han llegado, cuando más se han reunido, á 500, y que sin embargo, esa villa ha sido canoneada durante cinco días, y ha habido que tomarla por asalto. ¿No es esto ridículo? ¿No demuestra esto, ó miedo en la autoridad superior del Principado, ó deseo de prolongar la lucha?

Triste suerte la del general Prim! El señor ministro de la Gobernación nos recordó el otro día que el presidente Lincoln tuvo que hacer la quinta á cañonazos. Pero, ¿qué diferencia entre la situación entonces de los Estados Unidos, y la de nuestro país en las actuales circunstancias? ¿Qué diferencia entre una ciudad populosa y fortificada como Nueva York, y la pequeña é indefensa villa de Gracia?

Ya que el señor ministro de la Guerra quiera imitar al ilustre Lincoln, debía haberle imitado en lo bueno y en lo malo. Sin turbarse ante la trascendencia de la medida, doblemente grave en los momentos en que la adoptaba, Lincoln decretó la abolición de la esclavitud; y aquí, porque en Cuba tenemos un puñado de insurrectos que cualquiera otra nación hubiera ya aplastado, no se ha pedido la abolición ni se ha hecho nada en favor de ella. S. S. debía haber tenido presente á Lincoln para esto, y no para mandar canonear una población enteramente abierta.

Aueinas, S. S. está falto de memoria, y no recuerda las consecuencias que tuvo para el regente el bombardeo de Barcelona de 1843; que el general Espartero, lejos de volver á Madrid con el laurel de la victoria, volvió desprecitado y censurado por todos, y que ese hecho fue quizás la causa principal de su caída, siendo jefa singular el ministro de la Guerra de hoy el primero que tomaba pretexto del bombardeo de Barcelona para alzarse contra el regente.

Y, señores, ¿qué pretexto había para el cañoneo de Gracia? Con él no hacías daño á los sublevados; lo que perjudicabas era la propiedad de los que no estaban con la insurrección. Además, allí se han cometido excesos; pues aunque yo no puedo asegurarlo, tengo noticias de una persona imparcial que me escribe, diciendo que ha habido robos y disparos innecesarios. Yo, repito, no respondo, de la certeza de estos hechos; pero para saber la verdad y el grado de responsabilidad que pueda caer á los señores ministros de la Guerra y capitán general de Cataluña, por eso pido la información parlamentaria, á fin de que conozcamos lo que allí ha ocurrido, de otra manera que por los datos oficiales, á veces menos exactos que los extra-oficiales.

Pero ¿qué hay en el fondo de todo esto? Hay que tenemos una autocracia militar, que tenemos al frente del país hombres de guerra y no de ley, y que vemos á hombres como el Sr. Rivero, llamados á enaltecer el poder civil, despreciarse y decaer visiblemente. Esto es preciso que cambie; pues los generales, por ilustres que sean, no tienen fé en la fuerza de las ideas, sino en la idea de la fuerza.

El señor ministro de la GOBERNACION: Ya conocerán las Cortes que si hoy nos ocupamos sin datos de los sucesos de Barcelona, es porque yo no he podido asegurar matemáticamente que mañana estarán aquí los documentos que se han pedido. Pero el Sr. Pi tenía el deseo de dirigir un ataque fuertísimo al ministro de la Gobernación, y S. S. debía haber sido más justo al hacerlo.

Pero se dice: ¿y las quintas? Señores, para la abolición de las quintas, lo que he sido es impotente; yo no he podido alcanzarla. ¿Y quién tiene la culpa de que la quinta no haya podido abolirse? ¿los que trabajan por afianzar la libertad y el orden, ó los que se sublevaron contra los gobiernos, haciendo indispensables para el mantenimiento de la paz pública las bayonetas, los soldados y los ejércitos?

Pero viene la ejecución de la ley. Mientras se discutan las quintas, tenían lugar grandes manifestaciones contra ellas en el país, y el ministro de la Gobernación ha recomendado eficazmente á los gobernadores que por

nadie se menoscabara ese derecho. Pero pasado este período de ejercicio de uno de los derechos del ciudadano, nos encontramos en circunstancias tan graves, que hubieron de ser objeto detenido de las meditaciones del gobierno.

Para proceder con la presteza que era indispensable, se necesitaba una gran concentracion de la autoridad, y así se ha hecho, estando las autoridades militares al lado de las civiles. Y aquí debo manifestar que no es exacto que yo haya separado al gobernador de Barcelona porque no resignara el mando: justamente he encargado todo lo contrario; así es que habiendo habido grandes dificultades, se han vencido por los gobernadores civiles, auxiliados de los militares.

El Sr. PI Y MARGALL: Podrá el señor ministro de la Gobernación seguir defendiendo, como dice, los derechos individuales; pero sin duda no los comprende como en 1854, en que presentó un proyecto sobre libertad de imprenta que no admitía más delitos que los de injuria y calumnia, y hoy tenemos periódicos procesados por los de sedición y rebelión.

Dice S. S. que antes de la revolución de Setiembre sostenía ya que no era posible plantear en España la república, lo cual solo demuestra que S. S. faltaba ya á sus principios antes de la revolución, puesto que conmigo habia suscrito un documento en que reconocía que la forma democrática de gobierno era la republicana.

Ha manifestado también S. S. que ha sido impotente para abolir las quintas. Pues se deja ese puesto. Por mi parte, me hubiera antes cortado la mano que firmar la ley de quintas.

El señor ministro de la GOBERNACION: Ya vendrá ocasión oportuna en que demuestre evidentemente que no he variado en nada en el modo de entender los derechos individuales. Por lo que hace á la cuestión de la república, cuando hay que buscar elementos extraños para hacer con su esfuerzo y con su dinero un movimiento revolucionario que antes no hemos podido realizar solos, sería un acto de demencia pretender que esos auxiliares aceptaran, no solo nuestros principios, sino hasta nuestra forma de gobierno.

Creo el Sr. Pi que siempre que sea una impotente para realizar una reforma debe dejar el poder; y yo opino como Gladstone y Bright, que las reformas se alcanzan mejor estando dentro del poder.

El Sr. PI Y MARGALL: Retiro la proposición.

El Sr. SECRETARIO (Rius): Queda retirada.

Hay otra que dice así:

«Pedimos á las Cortes se sirvan declarar que han visto con el más profundo desagrado la conducta que las autoridades de Barcelona, de acuerdo con el gobierno, han seguido durante los últimos deplorables sucesos. Palacio de las Cortes 19 de Abril de 1870.—Estanislao Figueras.—Santiago Soler.—Miguel Ferrer y Garcés.—Pablo Alsina.—José Compte.—Pedro Boré.—Enrique Perez de Guzman.»

En su apoyo dijo

El Sr. FIGUERAS: No habiendo podido entablar al frente de las vacaciones este debate, por haberse negado á ello el señor ministro de la Gobernación, hemos tenido que esperar á este día; y aun hoy lo habiéramos aplazado si el señor ministro hubiera querido aceptar el compromiso de traer mañana todos los documentos. Lo que ha sucedido en Barcelona no es, por desgracia, nuevo. Ya el Sr. Pi ha recordado los sucesos de 1842, y yo hubiera querido que ahora al menos se hubieran seguido las tradiciones de los hombres eminentes del partido progresista.

La discusión sobre aquellos sucesos no tuvo lugar por estar cerradas las Cortes, sino meses después; y la comision de contestación al discurso de la corona, en que figuraban los Sres. Cortina, Bautista Alonso, Galvez Cañero, Gonzalez Bravo (entonces progresista), Quinto y alguno otro, decía que debía residenciarse á las autoridades de Barcelona. ¿Está el gobierno dispuesto á hacer ahora lo mismo? ¿Recordar que en aquella época el Sr. Prim dijo que marcaba á ponerse al frente de la insurrección si había causa legítima para ella, ó hacer que despusieran las armas; pero como tuvo que dar un rodeo, al llegar á Figueras supo ya con dolor el bombardeo. ¿Tiene ahora S. S. igual dolor que el que experimentó entonces? Nosotros hemos proporcionado al gobierno el medio de que este debate no se haga en son de oposicion. ¿Por qué os oponéis á una informacion parlamentaria? ¿Creéis que basta que una comision examine los datos que le envíe el gobierno, que es parte interesada en el asunto? Pues esto no basta, sino que es preciso nombrar una comision que vaya sobre el terreno á saber de quién es la culpa.

Yo no me opongo á que las autoridades repriman con energía toda alteracion del orden público, aunque es preciso que la autoridad no haya dado motivo alguno para ella, porque de otro modo es necesario que la represion se haga con gran comedimiento. La informacion parlamentaria, por lo tanto, es indispensable, porque las autoridades pueden haber traspasado los límites legales y hasta haber cometido verdaderos delitos. Y si esto puede sostenerse respecto de toda alteracion del orden público en que no se reconozca causa bastante para ella, ¿qué diremos de una sublevacion que tenía á su favor la justicia? Porque no es verdad que la sublevacion haya sido contra la soberanía nacional, pues para esta ley no tenían poder las Cortes, extralimitándose de su mandato. (El Sr. Damato: Pues yo he venido aquí á votar la quinta.) Mal gusto han tenido los electores de S. S.

Nosotros no somos omnipotentes; tenemos un límite en nuestro mandato, que es el de representar los principios de la revolución de Setiembre; y cuando todas las juntas acordaron unánimes abolir las quintas... (El Sr. Topete: La de Cádiz no.) Pues suponiendo que la junta de Cádiz no tomara ese acuerdo, su voto no ha de valer tanto que ella sola incline la balanza de su lado; y es extraño que se levanten ahora en los bancos de la mayoría algunos rumores contra la tesis que vengo sosteniendo, y se creyeran sin embargo, los señores á quienes me dirijo, en el derecho de protestar contra el uso ó el abuso que en otra época se hiciera de la prerogativa de disolver las Cortes.

Creo el Sr. Rivero que no pueden abolirse las quintas por haber fracciones que no han renunciado á recurrir á la fuerza; y si para abolirlas espera á que todos los partidos estén dentro de la legalidad, lejano se halla el plazo, cabalmente por los abusos del poder; porque no son los pueblos los que hacen necesarias las quintas, sino los gobiernos que proclaman unos principios y después los fanean.

Tenemos, pues, demostrado que ha habido un estado excepcional sin poderes para ello; que ha habido una verdadera suspension de garantías constitucionales, suspendiendo periódicos y prendiendo periodistas; y en su virtud, espero de la Cámara que se servirá adoptar la proposición.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: ¿Saben los señores diputados lo que significan las peroraciones, los discursos que hoy se han pronunciado en los bancos federales? Pues significan que han sido batidos nuevamente, que están por esto deshechos, y que desde aquí han querido reanudar á sus partidarios y prepararse para otra ocasión.

No me explico que se haga esto, que se pronuncien palabras de guerra, que se procure inflamar los ánimos una vez y otra vez, y que se ame al mismo tiempo á los desdichados que cogen las armas, se baten y mueren defendiendo lo que S. S. les hacen defender.

¿Le parece al Sr. Figueras, le parece á los señores federales conveniente semejante lenguaje en este sitio? No consideran que siempre que se apele á la fuerza habrá que rechazarla con la fuerza, y que en semejante lucha, aparte de otras altas consideraciones de humanidad

y de patriotismo, han de salir perdiendo sus correligionarios? Pues si esto es así, ¿qué van ganando S. S. con ese lenguaje que incita de nuevo á la rebelión?

Pero el prurito, el sistema de los señores federales es atacar siempre, acriminar de la manera más dura posible, y el Sr. Tutau ha llegado á decir lo que en mi entender no le estaba permitido, á pesar de su alta investidura. Sin embargo, me ha extrañado menos oírlo en boca de S. S., que es fogoso y cuando pocos años, que en la del senado y seso del Sr. Pi y Margall que lo ha repetido, sin más datos que el de sus cartas particulares.

¿Por qué no lo atribuyen S. S. á esas pobre mujeres y á esos niños que habian ido inocentemente á quemar los papeles de los archivos? Mientras no haya datos, yo rechazo en absoluto esas aseveraciones, y no las creo prudentes en labios de S. S.

Todos los señores de en frente han censurado duramente la conducta del capitán general de Cataluña, suponiendo que habia canoneado al pueblo de Gracia por gusto y sin necesidad ninguna, teniendo bajo su mano 32 batallones. Si esto fuera cierto, no hubiera habido que disparar ni un tiro; pero esa fuerza no la habia ni en toda Cataluña, y cuando estalló la insurrección en Sans, solo tenía el capitán general dentro de la población de Barcelona 1,300 hombres.

Los sucesos de Barcelona y los pueblos de su llanura no han sido tan insignificantes como se ha querido suponer, puesto que ha habido 14 soldados muertos, 76 heridos, de gravedad casi todos, y cuarenta y tantos contusos.

Dice el Sr. Figueras que no es nuevo lo ocurrido en Barcelona. Es cierto. Tan cierto como doloroso. Esos trastornos ocurren siempre en Barcelona y en España cuando manda el partido liberal, y para desacreditarlo. ¿Por qué sucede eso? Si yo quisiera profundizarlo, no saldrían bien parados los que han tomado las armas en Barcelona ahora como otras veces.

Que se abrieran las casas á tiros. Pero ¿qué habian de hacer, si tenían que ocupar las azoteas y no tenían otras llaves? No se extrañe, pues, lo que se ha hecho, en lo cual ha estado en su derecho el capitán general, que hubiera hecho bien en destruir el pueblo, si hubiera sido fatalmente necesario, si esto podía producir un ahorro de sangre.

El Sr. TUTAU: Yo esperaba en el discurso del señor presidente del Consejo energía y amenazas; pero no crea que tergiversase nuestros argumentos como lo ha hecho. Yo no he condenado á los que se levantaban en Gracia, pero tampoco los he aplaudido; porque no aplaudo los movimientos aislados y sin organizacion.

El señor ministro ha dicho que tuviera compasion de los que con las armas en la mano van á sacrificar su vida y sus intereses, como indicando que les incitábamos á arrojarlos al campo quedándonos nosotros aquí. Yo, cuando he creído que se debía ir al campo, he ido siempre; pero no me puedo poner al frente de los movimientos que reprobó, y por eso no me puse al frente del movimiento de Setiembre del año pasado.

Dice S. S. que los republicanos son los que han dado el grito de «viva la república federal!» Negar esto sería puñal; pero no se puede atribuir carácter político á un movimiento en que se sabe que no toman parte los jefes.

En cuanto á que en Gracia habia 20,000 cartuchos, yo tengo entendido que esos cartuchos eran para fusiles de aguja y que no servían á los insurrectos.

El Sr. FIGUERAS: Al oír al señor ministro de la Guerra, creía que podian darle lecciones de liberalismo los unionistas, y á renglón seguido le han dado una lección de legalidad; porque yo no comprendo que se pueda hacer constitucionalmente la ley á que se ha referido S. S.

Por lo demás, los sucesos de Cataluña, como los sucesos de Sevilla, no tienen carácter político, y nosotros no hemos dicho nunca otra cosa sino que se no debe acudir á las armas mientras no se ataque á los derechos individuales. No queremos acudir á las armas, y ojalá que nunca se nos obligue á ello.

Respecto á la conducta del ejército en Gracia, podrá ser calumnioso el juicio que se hace de ella; pero de que eso no se sepa con seguridad, tiene la culpa el capitán general de Cataluña, que á un escritor que lo ha dicho le ha metido en el puntón, en vez de acusar el artículo de calumnioso y abrir un juicio sobre él.

En cuanto á los sucesos de Barcelona, yo no me he referido á las insurrecciones contra el partido liberal, y de esa clase de insurrecciones nadie debería hablar menos que S. S.

Leída de nuevo la proposición, y puesta á votación, fué desechada.

ORDEN DEL DIA.

Se leyó, revisado por la comision de corrección de estilo, y se declaró conforme con lo acordado, el proyecto de ley llamando al servicio de las armas 40,000 hombres, que no pudo aprobarse definitivamente por falta de número, habiendo tomado parte 117 señores diputados en pró y 30 en contra.

Se leyó y quedó sobre la mesa el dictamen de la comision de actas aprobando las de Astorga, y proponiendo la admission del Sr. Franco Alonso.

Se leyeron y pasaron á las respectivas comisiones varias enmiendas á diversos proyectos.

Se leyó igualmente, y anunció que se imprimiría, el dictamen de la comision relativo al Banco de Valladolid.

Se dió cuenta de la siguiente proposición, que su autor se reservó apoyar en otra sesion:

«Pedimos á las Cortes Constituyentes se sirvan acordar que el gobierno del regente se halla en el caso de traer á las mismas, original ó testimoniada, pero íntegra, la causa criminal que contra el capitán general señor duque de Montpensier se ha instruido por la muerte por él perpetrada en duelo en la persona de su primo hermano el ex-infante de España D. Enrique de Borbon; así como el dictamen que en su día fulmine el Consejo supremo de la Guerra al dar su aprobacion formula á la sentencia ejecutoria con que dicha causa criminal terminó.»

Ochoa.—Vildósola.—Uneta.—Ortiz de Zárate.—Vidader.—Pardo Bazán.—Para autorizar su lectura, Benigno Rebullida.

Se mandaron pasar á las respectivas comisiones algunas solicitudes.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesion, que continuará á la noche con la discusión de los proyectos de Gracia y Justicia.

Eran las siete y cuarto.

GACETILLAS.

El lunes tuvo lugar una de esas agradables y distinguidas reuniones con que los señores de Yaucho obsequian semanalmente á sus numerosos amigos.

Desde las once de la noche se veían llenos los salones de elegantes damas y de esbeltas y preciosas pollas. Se bailaron infinidad de rigodones y walses, concluyendo con un bonito y caprichoso cotillon, en que abundaron delicados juguetes, confeccionados algunos de ellos por manos tan finas como angelicales.

A las dos se abrió el buffet, que fué tan espléndido y abundante como era de esperar de la galantería de los dueños de la casa.

A las tres y media terminó aquella amena reunion, que dejó un gratísimo recuerdo en cuantos tuvieron la satisfacion de concurrir á ella.

Antes de concluir esta sucinta reseña, nos permitimos citar los nombres de las señoras y señoritas de Fonseca, Gomez Sillero, Centurion, Lopez Francos, Santa Cruz de Aguirre, Salinas, Ochoa, Creagh, Cabe-

zas, Carvajal y Perceval, que asistieron á dicha reunion, sintiendo no mencionar el nombre de todas las que concurrieron, pues todas lo merecian por su elegancia y belleza, pero nuestra débil memoria no nos permite cumplir con un deber, que sentimos infinito no poder llenar por la razon indicada.

El sexo fuerte estaba dignamente representado, y vimos allí, entre otras muchas personas convidadas, á los señores marqués de Santa Cruz de Aguirre, Ochoa, Lopez Francos, Fonseca, Gomez Sillero, Cárdenas, Ezpeleta, Frijola, Alverio, Ruiz Tagle, Perojo, Creagh, Lascoti, Rey.

Excusado es manifestar y particularmente para los que tienen el gusto de tratar á los Sres. de Yaucho, que hicieron los honores de la casa con la finura y amabilidad que los caracteriza, circunstancias que constituyen el principal estímulo para interesar el noble trato y sincera amistad de dichos señores.

Era un sabio. El célebre Duval, bibliotecario de Francisco I, respondia muchas veces á los que preguntaban:

—No sé nada de eso.

—Pues el soberano os paga para que lo sepáis.

—El soberano me paga por lo que ya sé. Si debiese pagarme por lo que ignoro, no le bastarian todos los tesoros del reino.

La junta de señoras encargadas de arbitrar recursos para la construccion de la iglesia del barrio de Salamanca, parece piensa dar un concierto en el circo del Principe Alfonso, en el que tocará la orquesta dirigida por Monasterio, y cantarán la Ferni y Tamberlik, cuyo producto se destinará á la construccion de dicha iglesia.

ANUNCIO.—La libertad de cultos y el matrimonio civil, por D. Estanislao Reynals y Rabassa.

Este folleto es un estudio de legislación comparada, en el que se demuestra racionalmente el carácter religioso del matrimonio, y la diferencia esencial bajo este punto de vista, entre el pagano y el de los tiempos cristianos, y la índole de este; se examina el origen del matrimonio civil, y patentizándose que no es consecuencia, como forma absoluta, de la libertad de cultos, ni la fórmula de las naciones europeas en donde aquella existe, se establece su verdadero puesto y valor en ellas y en España.—Opculo interesante para la generalidad en los presentes momentos, y especialmente para los publicistas y juristas.

Se vende á 4 rs. vn. en Madrid, libreria de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6, y en Barcelona en la libreria del *Diario de Barcelona*, calle de la Libreria, núm. 22.

Ayer anticipamos á nuestros suscritores de provincias los siguientes despachos telegráficos:

Lisboa 18 d: Abril. Esta noche un huracan ha destruido casi todos los pequeños bucos del Taj, y muchos árboles causando varios muertos y heridos. Grande consternacion.

Paris 18. En el Senado Mr. de la Guerniere, sosteniendo el plebiscito, dice «Es preciso, no solamente que la Francia sea fuerte, sino tambien que Europa crea en su fuerza».

El buen éxito del plebiscito desvanecerá las ilusiones de algunos espíritus en Europa que creen á la Francia debilitada por el movimiento liberal.

El plebiscito será nuestra fuerza al exterior y la condenación de la revolucion al interior.

Continuá mañana la discusión. El periódico «Le Fra cais, asegura que el Sr. Armand será nombrado ministro de Francia en Lisboa, reemplazando al Sr. de Montholon que será nombrado Senador».

El domingo próximo se publicará, no una carta, sino una proclama del emperador con un decreto fijando el voto para el 8 de Mayo. El escrutinio será cerrado el mismo día.

La duquesa de Berry, ha fallecido ayer en la alta Estiria.

En la Bolsa se han cotizado: El 3 por 100 español exterior á 29 1/4. El 3 por 100 francés, 74 1/2. El 4 1/2 por 100 id á 103.

Londres 18. Bolsa cerrada con motivo de las pestes.

BOLETIN RELIGIOSO.

SANTO DEL DIA.—Santa Inés de Montepulciano, virgen.—Animas.

CULTOS.—Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Santa Tomás, donde continúa la novena del Santísimo Sacramento: á las diez será la misa mayor con sermon que predicará D. Gerónimo Martínez, y por la tarde en los ejercicios, predicará D. Melchor Serano.

En la iglesia de religiosas de D. Juan de Alarcón principia la novena que actualmente se consagra á la beata Mariana de Jesús; á las diez habrá misa mayor con sermon, que predicará D. Luis Crespo Peñaalver, y por la tarde á las seis se rezará la estación y novena, y se cantarán los gozos, completas y reserva.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Carra en Santo Tomás, ó la de Guadalupe en San Millán.</